

I - CONTRADICCIONES EN LA UNIVERSIDAD COLOMBIANA

Introducción

Colombia en los últimos tiempos es un activo laboratorio universitario. Los académicos extranjeros se sorprenden al ver la larga lista de universidades que funcionan en el país. Solo en Bogotá, aparecen 23 universidades, sin contar los Institutos, Fundaciones, Corporaciones y otros establecimientos de enseñanza superior que aspiran a ser universidades. Ni siquiera la creación del ICFES (Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior) ha logrado frenar la proliferación de centros de enseñanza superior: solo en los últimos años ha tenido el ICFES suficiente fuerza y apoyo de la prensa para hacerlo parcialmente. Esta efervescencia implica una

serie de tensiones y contradicciones dentro del mundo universitario, que responden a las tensiones de una sociedad subdesarrollada y dependiente como la nuestra. La dependencia cultural, oculta tras muchos de los intentos de racionalización y uniformización de las reformas educativas de los últimos tiempos, hace que esas tensiones se acentúen en lugar de resolverse.

Al recorrer someramente algunas de las publicaciones sobre la Universidad, los diversos trabajos aparecidos sobre la administración universitaria, las reformas universitarias anteriores hasta el último proyecto de reorganización administrativa de la Universidad Nacional, se descubren sólo los síntomas superficiales de una contradicción fundamental. Es un problema más de fondo que los conflictos entre universidad oficial y universidad privada, entre investigación y docencia, entre universidad democrática y universidad autoritaria, entre universidad elitista y universidad popular, entre universidad "academizada" y universidad politizada. Todas estas contradicciones solamente manifiestan una contradicción fundamental. Sin embargo, tal vez convenga analizar varias de estas contradicciones.

1.- Universidad Aséptica y Universidad-Inserta-en-una Sociedad.

Algunos han querido una Universidad dedicada a la ciencia aislada de la realidad social y económica que lo rodea. Tal vez algunas de nuestras universidades todavía pueden seguir respondiendo a este modelo. Lo que comenzó como un conflicto entre la vida austera

del burgo medieval y los corrillos bullangueros de los estudiantes, y se perpetuó en las universidades inglesas como la oposición entre "town" y "gown", es también hoy en Colombia motivo de continuas fricciones e interminables discusiones.

El exiguo porcentaje de colombianos con acceso a la Universidad (el 1.4% de la población económicamente activa, según el censo de 1964) hace de estudiantes y profesores universitarios una subcultura muy peculiar en un país como el nuestro, donde el porcentaje de analfabetismo es tan alto.

Los horizontes ilimitados que se abren en la ciencia, la evasión de los problemas colombianos que proporciona la teorización pura, el lenguaje sofisticado, los aderezos ideológicos de profesiones y ciencias, ocultos tras una pretendida neutralidad científica, tienden irresistiblemente a aislar a la Universidad en la proverbial torre de marfil.

Por otra parte, la sociedad exige retribución por la elevada inversión social que ha realizado en la educación de los colombianos privilegiados que llegan a la Universidad. Esta tensión, entre aislamiento universitario y responsabilidad social produce dos posiciones en la Universidad colombiana: por una parte, se piensa en una universidad aséptica que busca formar los profesionales que necesita la industria privada sin preocuparse del contexto social y económico en que se va a insertar el futuro profesional. En esta posición, se busca adecuar el producto a la demanda existente, aunque las quejas de numerosos ejecutivos de la empresa privada sobre la impreparación de los jóvenes egresados

para el trabajo real que han de desempeñar permite sospechar que ni siquiera esto se logra.

Por otra parte, los estudiantes activistas y algunos directivos con voluntad de cambio quisieran hacer de la Universidad la "Sierra Maestra" de la revolución colombiana y actuar como si la Universidad fuera "el primer territorio libre" del país, lanzándose al trabajo proselitista en barrios y sindicatos, haciendo muchas veces politiquería de pésimo nivel artesanal y refugándose en la ya tan mancillada inviolabilidad de los claustros cuando la situación por fuera se ponía "color de hormiga". En realidad, esta inserción universitaria es tan solo otra variante de la torre de marfil.

La oposición entre aislamiento e inserción de la universidad es insoluble en nuestra sociedad. Solo en una sociedad diseñada para el cultivo de la persona (no el individuo aislado sino la persona en relación con las otras), donde los excedentes económicos se orienten a la cultura de todos, será posible eliminar la situación de privilegio, romper la dualidad del trabajo manual y mental y hacer de la universidad un órgano integrado de la colectividad.

Esto sería factible con la educación media universal y gratuita, ideal hasta ahora inalcanzado en nuestro país, y la implementación de una educación continuada accesible a todos los trabajadores adultos. Recuérdese, por ejemplo, el sistema de "tarjeta de crédito educativo", propuesto por Iván Illich, que permitía a cualquier trabajador emplear cierto número de horas, semanas o meses en la educación superior, repartidas en la forma más conveniente para él.

Mientras se construye esa sociedad nueva, los directivos tendrán que ir buscando un equilibrio inestable entre la idílica torre de marfil y las insaciables exigencias de "responsabilidad social" de la universidad.

Universidad Pública y Universidad Privada

En 1968 terminó el maridaje entre la Asociación Colombiana de Universidades y el Fondo Universitario Nacional. Hasta entonces, la Universidad había conservado su distancia y autonomía frente a las demás universidades, respetando también la autonomía de las nuevas universidades (o de las reediciones de las antiguas). Habría que exceptuar los intentos de imposición de programas a las nuevas facultades que tuvieron poco efecto real: las cláusulas respectivas de las resoluciones de aprobación del Ministerio nunca fueron ulteriormente urgidas.

Diversos influjos ideológicos y políticos, junto con el prestigio personal de los fundadores y rectores, partidarios de universidades que contrapesaran la indoctrinación política que se impartía en la Nacional, fueron suficientes para proteger la poco definida autonomía universitaria. Por eso, pronto proliferaron las universidades de todas las tendencias y matices. La animadversión contra la Universidad privada se dirigía sobre todo contra las Universidades confesionales, ya que universidades como la Libre o el Externado de Colombia despertaban menos resistencia. La creación de una

Universidad explícitamente elitista y tecnocrática como la de los Andes (1949) y la apertura de pseudouniversidades, fundaciones o institutos universitarios que parecían lucrativos negocios, canalizaron la oposición más clara entre Universidad privada y pública.

Los ideólogos de la Universidad privada han hecho notar el servicio público que ella presta y rechazan la oposición pública-privada anotando que solo se trata de precisar si la fundación fue oficial o no-oficial. Esta sutil distinción no ha tenido amplia acogida, aunque subraya elementos válidos como la incapacidad actual del Estado para proporcionar educación a todos los niveles a las personas que lo deseen y tengan aptitud para ella. La insuficiencia de la oferta educativa oficial a estos grupos deseosos de escalar peldaños en la escala social en base a títulos universitarios, es un factor determinante para la fundación de universidades no-oficiales.

Después de la disolución del Fondo Universitario, el ICFES tomó a su cargo la supervisión de las universidades públicas y privadas, exceptuando a la Universidad Nacional. Por su parte, la Nacional se negó a participar en la Asociación Colombiana de Universidades y a someterse a la inspección del ICFES, instituto descentralizado creado por la reforma constitucional de Lleras R. en 1968. Al final del gobierno de Lleras R. y a comienzos del de Pastrana, la Universidad Nacional se hizo consciente de su papel de entidad rectora de la educación superior en el país. La reforma educativa del ministro Galán incorporaba esa tesis, pero la reacción de las universidades privadas, a través de sus voceros políticos conservadores y liberales, fue suficiente para detener su intento reformista.

comenta en otra parte de este número de CONTROL-
VERSIA.

Además, los acontecimientos de la Universidad Nacional atemorizaron al gobierno de Pastrana, causaron la caída del ministro Galán iniciándose así una nueva época que podría llamarse de "la privatización de la Universidad Pública", que fue "pacificada" con una política ferozmente represiva. Los rectores de las Universidades oficiales volvieron a reunirse con sus colegas de las universidades privadas en la Asociación de Universidades: en ese entonces los consejos de rectores y las juntas del ICFES implementaron políticas conservadoras a pesar de las protestas de algunos rectores independientes. Se frenó así el crecimiento de la Universidad Nacional y se dieron garantías a las privadas; se implantaron en las universidades oficiales los mismos métodos de represión académica y disciplinar que mantienen la paz aparente de las universidades privadas. Con el apoyo masivo de la gran prensa se desacreditó a profesores y estudiantes con las más burdas deformaciones de hechos aislados para privar de todo apoyo a los movimientos estudiantiles.

El mandato claro del presidente López puso fin a este período de represión universitaria: en un gesto demagógico y de gran habilidad política, el presidente llamó al jurista marxista, Luis C. Pérez, a regir los destinos de la Nacional. Pronto la campaña contra el así llamado "experimento marxista" empezó a tomar fuerza, sobre todo en la prensa conservadora, apoyada por algún famoso escritor liberal. Los oscuros manejos en la Universidad Jorge Tadeo Lozano llevaron al nombramiento de delegados presidenciales a los Consejos Superiores de las Universidades privadas. Este hecho alarmó todavía más a las Universidades privadas; la prensa conservadora extremó sus ataques contra "el rec-

tor marxista" al cual el Gobierno le había "entregado" la dirección del supremo instituto de educación del país para su labor proselitista. Por esta campaña, los días de Pérez en la Nacional estaban contados (1).

Esta crisis de la Nacional ayudó a situar la contradicción entre la Universidad pública y entre la Universidad privada, que se enmarca históricamente dentro de la coyuntura política de las luchas populares y las pugnas internas de las clases dirigentes. Esta polarización está determinada en buena parte por factores económicos como la repartición del presupuesto para la educación superior, la magnitud de los excedentes económicos de las familias que pueden pagar matrículas elevadas y los diferenciales de ingresos que pueden lograr los egresados con sus diversos títulos y sus diversas procedencias universitarias.

Investigaciones recientes han demostrado que propiamente no se puede hablar de una falta real de cupos en la Universidad: lo que se presenta en realidad es un déficit de cupos en las universidades adonde la gente quiere ir o por razones estrictamente económicas, o por razones de posibilidades posteriores de empleo o por razón del prestigio que da determinada universidad. En una sociedad tan elitista y tan altamente ideologizada como la nuestra, los factores de prestigio, de "protección" de los hijos contra una posible toma de conciencia de su situación de explotadores o de las hijas contra "el ambiente de libertad sexual" de ciertas universidades, pesan a veces tanto como los factores puramente económicos. Estos factores mantienen abiertas las Universidades privadas y hasta permiten fuertes au-

(1) El análisis de este período y su inevitable crisis se comenta en otra parte de este número de CONTROLVERSIA.

mentos anuales en las matrículas de primer semestre, sin que por ello disminuya el número de aspirantes.

Pero en un país contradictorio como el nuestro, las Universidades privadas pueden jugar un papel más importante que el que se acaba de describir. En efecto, el éxito del intento pastriánista de privatizar la Universidad Nacional, y la cáustica respuesta del actual presidente frente a la propuesta de los estamentos académicos de la Nacional sobre el nombramiento del Rector y la cancelación unilateral de la convención colectiva por el Consejo Superior de la Universidad Nacional, muestran que los gobiernos de turno están dispuestos a defender a toda costa su aparato ideológico estatal y garantizar su función reproductora de la ideología dominante.

En esta situación de falta de autonomía de la Universidad estatal, puede ser conveniente que haya Universidades privadas que defiendan celosamente su autonomía. A pesar de las intenciones de sus directivos, tal vez se pueda en ocasiones aprovechar ese ámbito de libertad para ejercer, al menos por breve tiempo, la función crítica de la Universidad. Estos períodos de oasis ideológicos podrán ser breves y poco aparentes, pero dado la situación actual, pueden ser aprovechables para la formación crítica de intelectuales y la elaboración teórica del proceso de las masas. Tal vez esos oasis no vuelvan a presentarse en las universidades públicas y sigan siendo posibles en algunas universidades privadas. Pero haría falta ver si la Universidad privada no sería aún más vulnerable a la represión oficial que se sumaría a la de los directivos de la propia universidad en el caso de constituirse ésta en un centro de pensamiento crítico: la posición de los eventua-

les elementos críticos dentro de una universidad privada sería, al parecer, mucho más desventajosa que en una universidad oficial. Además, habría que recordar que los estudiantes de la Universidad privada, por su procedencia social y nivel de ingresos, pueden estar más condicionados en contra de la eventual función crítica de la Universidad.

Sin embargo, no debe descartarse demasiado rápidamente la posibilidad señalada, que es un interrogante para "insegurizar" a los dogmáticos, basado en un principio incontrovertible para nuestro medio: "en Maccondo lo improbable sucede todos los días, y hasta lo imposible sucede de vez en cuando".

Por eso, no puede "liquidarse" fácilmente la Universidad Privada en la Colombia de 1975 solo con algunas tesis generales sobre la educación pública. La situación es más compleja: el papel de la Universidad privada en una estrategia de cambio social profundo y rápido que consulte nuestra realidad actual debe ser analizado más profundamente por aquellos que ahora la descartan demasiado fácilmente de su reflexión. Es claro que la contradicción permanece pero ahora se la ubica en un contexto diferente: solo en una nueva sociedad, donde los excedentes sociales se canalicen hacia la cultura de todos, dejará de tener sentido una "Universidad privada" y el "pago de matrículas"; sin caer en un totalitarismo estatal que imponga una indocctrinación unidimensional. Mientras se construye esa sociedad, los directivos de las universidades privadas tendrán que seguir buscando un equilibrio inestable entre la idiosincrasia de sus instituciones y los intentos de intervención estatal; el Gobierno, por su parte,

tendrá que continuar debatiéndose entre la retórica liberal sobre la libertad de cátedra, de expresión e investigación y la presión de las clases dominantes por suprimir la función crítica de la Universidad pública.

Universidad Investigadora y Universidad Docente

Este dilema entre investigación y docencia puede sonar un poco hueco en un país tecnológicamente dependiente, donde no hay ningún estímulo real a la investigación. Un conocido industrial manifestó públicamente que era más económico pagar cien mil dólares por una patente que tener unos científicos en un laboratorio, con el riesgo de que no produjeran nada útil o volvieran a inventar el agua tibia. "COLCIENCIAS" es la primera víctima de todas las "economías" presupuestales. Los administradores de las Universidades luchan siempre por aumentar la carga docente de los profesores y responden siempre que "no hay dinero" para la investigación (1). Esto no impide el continuar con las declaraciones rituales sobre la necesidad de investigación, hasta afirmar que la Universidad solo enseña en cuanto investiga. Este bello aforismo puede sonar

- (1) El plan de desarrollo educativo propuesto por Planeación Nacional pedía una distribución racional del tiempo de los docentes universitarios: un mínimo de 15 horas para quienes tuvieran la docencia como única función y la obligación de los investigadores de presentar resultados concretos al término del período académico para justificar su carga docente inferior.

a sarcasmo en la realidad diaria de nuestras universidades.

No podemos cerrar los ojos a las realidades económicas, subyacentes a esta actitud de los administradores universitarios. En la Universidad privada los padres pagan para que se enseñe, no para que se investigue. La industria privada solo contrata servicios rutinarios. En la Universidad oficial solo hay el dinero necesario para mantener el aparato de producción de profesionales y técnicos que exige el desarrollo dependiente: las partidas de investigación apenas logran filtrarse por los resquicios que deja la demagogia. Además, los costos de la investigación son cada día más altos por la inflación, por la tecnología avanzada, por la explosión informática. Los presupuestos universitarios apenas si pueden cubrir los aumentos de costo de la docencia. No puede entonces pedirse en forma realista una Universidad investigativa en la actual estructura de Colombia.

Solo en una sociedad diseñada para la innovación, donde se estimule la creatividad y los excedentes económicos se canalicen hacia la ciencia y la cultura de todos, será posible romper el círculo vicioso del capitalismo dependiente, atado a la reproducción de la fuerza de trabajo calificada técnicamente pero castrada en su humanidad, su originalidad y su criticidad. Solo en ella tendrá sentido y será efectivo un cambio de prioridades entre investigación y docencia. Mientras tanto, los directivos tendrán que seguir aceptando simbólicamente los principios abstractos acerca de la primacía de la investigación mientras las realidades económicas los obligan a continuar rechazando los proyec-

tos de investigación (a menos que para ellos haya fondos provenientes del exterior). Ante la ayuda de fondos extranjeros, difícilmente se encontrará en el país una Universidad lo suficientemente crítica y lo suficiente fuerte económica y científicamente para contrarrestar la deformación que conllevan al imponer una problemática ajena al país. Ilustran ese problema los conflictos del área de Ciencias de la Salud en la Universidad del Valle, la ausencia de libros europeos y asiáticos en las bibliotecas universitarias que reciben ayuda norteamericana, y la larga lista de investigaciones insulsas que solo proporcionan datos adicionales a los investigadores de la metrópoli.

Universidad Profesionalista y Universidad Científica

La mayoría de nuestras universidades han seguido tradicionalmente el modelo profesionalista: las llamadas Facultades son en su mayoría solo escuelas profesionales. Esto no se debe a tradición o imitación, sino a las exigencias del mercado de trabajo. En una economía no industrializada como la nuestra hasta el presente siglo, la organización de las fuerzas productivas no requería profesionales calificados para satisfacer las necesidades básicas. Bastaban los médicos, abogados y eclesiásticos para la necesidad básica de la salud y la necesidad de reproducción ideológica del sistema. Consecuentemente, nuestras universidades se inician con facultades de derecho civil y canónico, filosofía, teología y medicina, como en la Europa medieval.

El desarrollo del comercio exterior desde mediados del siglo pasado y los inicios de la industrialización de este siglo exigieron una evolución en nuestras universidades: se requerían carreteras y ferrocarriles que condujeran hacia el mar nuestros productos y crearan un mercado interno para la incipiente industria nacional. Se crearon así facultades de Ingeniería, algunas de las cuales alcanzaron elevado nivel técnico e iniciaron el cultivo de las ciencias, especialmente en sus ramas matemáticas y naturales, que no cuestionaban el sistema imperante.

Pero el país no continuó un proceso de desarrollo autónomo por sus contradicciones estructurales internas y la dependencia de la metrópoli: con la complicidad de la burguesía local, el país adquirió el status de "país en vía de más subdesarrollo", que comparte con tantos países hermanos del llamado Tercer Mundo. Dentro de la contradicción entre la necesidad de desarrollar el país dentro de ciertos límites (impuestos por las estructuras existentes, fruto de etapas anteriores de dependencia), se sitúa la necesidad de calificar fuerza de trabajo y, consiguientemente, la necesidad de aumentar los cupos universitarios, las facultades profesionales y la preparación científica de los profesores.

Pero la creciente presión estudiantil, la creciente necesidad de ciencia en las carreras profesionales y la creciente actividad científica de los profesores, entran en contradicción con los objetivos de mera calificación de fuerza de trabajo para el limitado desarrollo de nuestra economía dependiente. Conviene anotar que ni siquiera esa función limitada se cumple en nuestras universidades, si juzgamos por las quejas de la industria

privada contra la baja preparación profesional de los egresados.

La transferencia de una tecnología ajena a nuestra realidad es otra de las caras del problema universitario: los informes de expertos extranjeros insisten en la necesidad de preferir las carreras técnicas, que generalmente no suelen ofrecer el peligro de cuestionamiento del sistema. Pero incluso la necesidad de reproducir en nuestros universitarios los resultados científicos y tecnológicos producidos en la metrópoli entra pronto en contradicción con la preparación intelectual que ese trasplante va produciendo en los cerebros de nuestros estudiantes. Comienzan a exigir más información y análisis, más crítica, más saber. La ideología democrática formalmente imperante no permite una represión explícita de ese ímpetu científico y crítico: entonces las Universidades empiezan a volverse incómodas.

Se busca entonces acentuar el profesionalismo por todos los medios: las exigencias académicas en carreras técnicas relegan las asignaturas potencialmente críticas al nivel de "costuras", dictadas por los profesores inocuos cuidadosamente filtrados por las directivas. El bajo nivel de esas cátedras acentúa el desinterés de los alumnos por los "requisitos en Humanidades": las directivas se frotan las manos satisfechas al ver que sus estudiantes "sí estudian y no pierden el tiempo en especulaciones ideológicas".

Luego el profesional sale al mercado de trabajo, se casa con una joven de la capa social más alta que le permita su recién adquirido título académico. Las

necesidades económicas de su nuevo status lo obligan a someterse a las reglas del juego del sistema para no perder su puesto y mantener abiertas las opciones de escalar otros mejores. Pocos meses después, ya ha interiorizado de tal modo esas reglas del juego que sonrío con desdén ante los escarceos revolucionarios y el romanticismo utópico de sus años de estudiante. Incluso llega a influir, a través de su asociación profesional, para que "se eleve el nivel académico de la carrera" y se cierre el paso a los nuevos profesionales que no han perdido todavía su espíritu crítico y su ánimo de lucha. Los círculos se cierran: una nueva generación de estudiantes tiene que sufrir la contradicción entre la retórica de una Universidad científica y la realidad de una Universidad profesionalista.

Este "impasse" solo será solucionado en una nueva sociedad, diseñada para el perfeccionamiento cultural de todos sus miembros, donde no haya temor a la ciencia y a la crítica. Mientras tanto, los directivos tendrán que seguir haciendo concesiones a las demandas de ciencia crítica procurando simultáneamente neutralizar las presiones que ella crea.

Universidad Autónoma y Universidad Instrumentalizada

El principio de la autonomía universitaria es uno de los principios ideológicos más aclamados en teoría y más pisoteados en la práctica. Este principio se fundamenta convincentemente en un análisis filosófico del poder del saber, de su fuerza expansiva innata, de sus mecanismos de desarrollo orgánico, junto con un análisis

jurídico del derecho al acceso, al cultivo y a la comunicación del saber. Pero este tipo de análisis debe ser complementado con la ubicación de la Universidad en una situación concreta, en una etapa determinada del proceso histórico del país. Con frecuencia los objetivos de calificación de la fuerza de trabajo y de reproducción idealógica de los valores dominantes que el sistema asigna a la Universidad, entran en contradicción con la fuerza expansiva del saber. Por eso, los intentos de definir más claramente la autonomía universitaria y los intentos por llevarla a su concreción, se oponen en la práctica a los intereses del sistema.

Esta contradicción se expresa en todos los niveles: los gobiernos de turno proclaman retóricamente la autonomía universitaria para violarla en la práctica con decretos represivos; los rectores luchan quijotescaamente por la autonomía para venderla necesariamente a quienes pagan matrículas o consiguen auxilios.

La contradicción entre la defensa de la autonomía y la necesidad de instrumentalizar la Universidad es insoluble dentro del sistema político actual. Pero se puede tratar de aprovechar la situación contradictoria para intentar conseguir alguna autonomía parcial. Solo cuando los estudiantes, profesores, directivos y rectores luchan por conseguirla podrá la Universidad ejercer en parte la labor crítica e investigativa que le corresponde en el momento histórico actual.

Solo en una sociedad en la que la finalidad del Estado coincida con el bienestar de todas las personas y no con los intereses de minorías privilegiadas, será posible que la ciencia se desarrolle en armonía con las

necesidades reales de la sociedad y que la crítica contribuya positivamente al mejoramiento de la situación de todos. Mientras tanto, habrá que continuar luchando quijotescaamente por la autonomía con la conciencia sobria del que conoce lo relativo de su esfuerzo en la situación dada y que prevé largos años de luchas y fracasos. Por otra parte, la supresión total de la posibilidad de la crítica en las Universidades de algunos estados socialistas tampoco da demasiado fundamento al optimismo.

Universidad Autoritaria y Universidad Democrática

Nos nos referimos aquí a la cacareada "democratización" de la Universidad referida a la oposición entre Universidad elitista y Universidad Popular que trataremos en el siguiente aparte. Tratamos ahora de la organización de los mecanismos de control y dirección internos de la Universidad. Las Universidades privadas en su mayoría mantienen una estructura vertical en estos organismos aunque a veces aceptan en teoría la participación estudiantil y profesoral: los intentos estudiantiles por hacer reconocer decisivamente sus asambleas y representantes se encuentran con hábiles maniobras y concesiones simbólicas. En cambio, en las Universidades oficiales se vivió un clima de mayor amplitud y se reconocieron mecanismos efectivos de representación hasta llegar al cogobierno.

La ilusión foquista de hacer de la Universidad

una nueva "Marquetalia", las divisiones entre los irreconciliables grupos de izquierda en su euforia triunfalista, los profesores y directivos todavía no plenamente conscientes, la presencia de elementos fascistas y la infiltración de denunciadores y agentes provocadores dieron al traste con la efímera primavera democrática. La decisión del Consejo Superior de la Universidad Nacional sobre la suspensión de los pagos de préstamo norteamericano fue la chispa decisiva para el viraje autoritario consagrado en los decretos 1277 y 1821. La Universidad Nacional adoptó estatutos creados para la Universidad privada: los rectores nombrados adoptaron una política de "mano dura" frente a los movimientos estudiantiles.

Pronto los grupos de izquierda aprendieron la dura pero importante lección que la Universidad "funcionaba bien" bajo el sistema autoritario y tuvieron que reconocer la ineficiencia de sus métodos, la debilidad de sus organizaciones, la precariedad del respaldo estudiantil y profesoral, el bajo nivel de conciencia de muchos estudiantes deslumbrados por ilusiones arribistas, el vigor y la inteligencia de muchos profesores de derecha. Descubrieron, en una palabra, la fuerza desmesurada de las superestructuras en el proceso histórico colombiano.

Pero una Universidad amordazada no podía sostenerse por mucho tiempo, aunque "estuviera funcionando bien", según los oráculos de la gran prensa. El presidente López lo comprendió así y trató hábilmente de darle una salida no explosiva a la presión estudiantil. Encontró en la izquierda romántica de nuestro país a la persona que hiciera las promesas y los intentos de democratización, a la persona de buena voluntad que

quisiera aprovechar la coyuntura para llevar aires de libertad a la Universidad Nacional. Pero naturalmente, a la larga la situación era insostenible pues el Gobierno no estaba dispuesto a aceptar los resultados de una verdadera democracia de base. Cuando las justas exigencias de estudiantes y profesores del área de la salud amenazaron el "feudo podrido" de la Beneficencia y los intereses económicos de los politiqueros bogotanos, no tuvo más remedio que regresar a las soluciones autoritarias.

El análisis de la naturaleza de la Universidad, de la Ciencia y de la persona de los miembros de la comunidad universitaria, lleva naturalmente a afirmar que la democracia y no el autoritarismo es lo más coherente con la esencia de la Universidad. Hablando ahistóricamente, así es. Pero en esta sociedad conflictiva, de represión velada o brutal, de violencia institucionalizada, las contradicciones represadas tienen un potencial explosivo demasiado grande para ser neutralizado con razonamientos abstractos. Por eso seguiremos dando tumbos del autoritarismo insostenible a las concesiones pseudodemocráticas pasando por la ruptura institucional, que sirve de nuevo como justificación al autoritarismo. Esta situación de la Universidad es un fiel reflejo de nuestra sociedad contradictoria que pasa de la euforia electorera a la mano dura del estado de sitio en menos de un año del "mandato claro".

Solo en una sociedad no represiva, donde hayan sido abolidas las clases explotadoras y sea posible diseñar mecanismos reales de participación popular en todos los niveles, será posible superar el dilema entre autoritarismo y democratismo. Mientras tanto estaremos su-

jetos a los bruscos tumbos de uno y otro extremo.

Universidad Elitista y Universidad Popular

El clamor por una Universidad democrática y popular y la denuncia de las Universidades elitistas, son lugares comunes en todos los países de Occidente. Los estudiantes de Universidades privadas verdaderamente elitistas se debaten entre la satisfacción de haber sido admitidos a una plataforma de lanzamiento para ascender en la escala social y el sabor amargo de la comparación de su posición de privilegio en relación a la mayoría de la nación. Solo un 1.6% tiene acceso en el país a la educación universitaria, privilegio monstruoso si se tiene en cuenta que el censo de 1964 señaló un analfabetismo funcional del 48.5% y un analfabetismo total de 27.1% en la población mayor de 15 años. En nuestro país el costo anual de la educación superior de un joven que puede demorar cinco o seis años su ingreso al mercado de trabajo supera al ingreso promedio anual del 79% de los jefes de hogar (1).

(1)^m Según datos publicados por el ICFES en 1970 y ajustados a precios de 1975, el costo anual por alumno de la educación superior en la Universidad Nacional asciende a \$ 32.219,25. Este costo es superior al ingreso del 79% de los jefes de hogar de todo el país, que no pasaría de los \$ 20.300, según datos de la Encuesta de Hogares de 1970, ajustados a 1975. Si se toma en cuenta solo la población urbana, tenemos que el 61% de los jefes

Pero los estudiantes de las Universidades públicas tampoco están exentos del calificativo de elitistas, contra lo que comúnmente se cree. Las escasas investigaciones sobre el tema muestran que es poca la diferencia en la composición porcentual del estudiantado con respecto al ingreso familiar. Todo el sistema de educación primaria y media, el problema del empleo infantil y juvenil, todo el sistema centralista urbano y capitalino que impera en la educación, filtran inexorablemente a los jóvenes de las clases populares y dejan pasar solo a la pequeña y gran burguesía. La pequeña burguesía participa en gran parte de la explotación que sufren los proletarios y subproletarios: por eso, muchos jóvenes universitarios creen pertenecer al proletariado. Un trabajo serio en barrios populares y marginados los sacaría de su error y descubriría su condición de privilegio. De todos modos pertenecen a ese exiguo porcentaje de su cohorte de edad que pudo llegar a la Universidad. Aunque tengan que trabajar para sostenerse, pueden dedicar buena parte de su tiempo al estudio y, si llegan a graduarse, pasarán a los percentiles superiores de la distribución del ingreso. Además, la educación que reciben no tiene nada de gratuita: el costo de su educación, pagado hasta el último centavo por el trabajo de la comunidad, supera al costo de la educación de sus compañeros de las Universidades privadas.

Cada nuevo presidente, cada ministro de educación, inician su mandato repitiendo el mito de la educación universal y gratuita. El nuevo rector de la Na-

de hogar en las ciudades percibe un ingreso inferior a los \$ 29.076.

cional, Dr. Mesa Velásquez, dijo en su declaración que se podrían suprimir los exámenes de admisión para poder recibir a todos los aspirantes. Haría falta ver si los exámenes son el único obstáculo para que todos los bachilleres puedan ingresar a la Universidad, pues muchos tienen que incorporarse al mercado de trabajo ya que su familia no puede renunciar al ingreso que su trabajo representa. Además, sin tener en cuenta la filtración inexorable de la educación primaria (1), puede verse la imposibilidad de la promesa del Rector por un simple cálculo aritmético.

Los cálculos de costo-beneficio (además de las necesidades de asignación de recursos a problemas urgentes y compromisos financieros y políticos), el presupuesto nacional no puede asignar más del 20% a la educación. Con un presupuesto nacional de 51.300 millones de pesos para 1975, la educación obtuvo 7.165 millones para funcionamiento y 2.802 millones para inversión, es decir, un total de 9.967 millones que representan el 19.42% del total del presupuesto. Parece difícil que se asigne solo la Universidad Nacional más del 10% del presupuesto educativo (2). Si se

(1) La filtración de la educación primaria lleva a que la tasa de escolaridad de la población colombiana entre los 12 y 18 años sea escasamente del 30.7% en 1975. De 3.992.353 adolescentes que se encuentran en esos grupos de edad, solo 1.225.790 asisten a la Enseñanza Media. La deserción de la secundaria lleva a que solamente se gradúen el 39 por ciento de los alumnos que inician primer año de secundaria.

(2) Sin embargo, hay que tener en cuenta que el plan

tomara esta cifra, tendríamos un presupuesto máximo de 996.7 millones para la Nacional. Aun suponiendo que con una imposible poda burocrática y una inalcanzable eficiencia administrativa se lograra bajar el costo por alumno/año a \$ 22.000 (actualmente supera los \$ 32.000), se llegaría a un tope máximo de 45.000 alumnos en todas las sedes de la Nacional. El número de aspirantes en un semestre dado superaría con creces ese número total, si se acepta cualquier candidato que se presente (siempre y cuando que, por el sistema de la Universidad Nocturna, se garantice superar la contradicción entre estudio y trabajo, lo que no parece demasiado fácil).

Todo esto demuestra que este tipo de declaraciones no siguen una lógica científica, sino que juegan un papel ideológico evidente: ocultar la realidad del elitismo universitario impuesto por un sistema de explotación maximizada, que impide el acceso a la educación a las mayorías populares. La fraseología de la Universidad popular mantiene una ilusión difícilmente alcanzable en nuestra sociedad y permite desplazar la responsabilidad del fracaso hacia los estudiantes perezosos, los padres de familia que no estimulan a sus hijos, los malos colegios de secundaria, la impreparación pedagógica

de desarrollo educativo propuesto por Planeación Nacional para 1974-1978 supone un aumento fuerte de recursos fiscales para la educación por efectos de la Reforma Tributaria: se piensa que en 4 años se podrá dedicar el 20% del presupuesto educativo a la educación superior. Además, el citado documento sugiere que las Universidades busquen mecanismos de autofinanciación. Si estos planes se llevaran a cabo, se podría superar el cálculo presentado.

gica de los docentes, etc. Se trata de buscar un chivo expiatorio que impida el análisis de las causas del problema de la elitización de la educación, que remite necesariamente al análisis de la sociedad colombiana. La desigualdad de oportunidades educativas es reflejo de la desigualdad en la distribución del ingreso: nuestra educación superior es elitista porque toda nuestra estructura social lo es.

Además, algunos apartes del plan de reforma educativa permiten al menos sospechar que no se intenta variar sustancialmente la situación: se habla de ampliar la cobertura de la educación superior aprovechando al máximo la capacidad instalada pero también se propone la creación de mecanismos de autofinanciación de las Universidades, lo que podría significar la privatización progresiva de Universidad oficial. También se habla en el documento de una acción intensiva para establecer carreras intermedias, "superando el bachillerato enciclopédico y adecuando la producción del sistema educativo a la demanda de la economía nacional". Sería interesante saber qué significa esta adecuación a las necesidades de la economía por medio de carreras intermedias. Podría significar una mayor elitización de la Universidad, pues estas carreras intermedias estarían destinadas a las clases populares, lo que permitiría reservar la Universidad a los alumnos provenientes de los grupos de altos ingresos. Esto sería reforzar aún más la situación de privilegio actualmente existente.

Evidentemente, el problema de la Universidad elitista no puede solucionarse en nuestra sociedad, que está construida sobre la desigualdad en todos los campos. Solo en una sociedad realmente igualitaria y

popular, donde realmente haya igualdad de oportunidad para todos, será posible una Universidad popular. Mientras tanto, tendremos que seguir luchando por la ampliación de los cupos para estudiantes de extracción proletaria y otros paliativos de "democratización", sin olvidar que pueden servir para ocultar los problemas de fondo.

Universidad Academizada y Universidad Politizada

Bastantes profesores, muchos padres de familia y toda la gran prensa, se quejan de la "politización" de la Universidad. Se ha logrado imbuir en los medios populares con esta misma convicción: los estudiantes deberían dedicarse al estudio y no meterse en política ni en pedreas. Así se ha cortado el apoyo potencial de los medios populares a las luchas estudiantiles. Se ponen como modelo las Universidades privadas que nunca tienen huelgas, que gradúan a sus estudiantes en el número previsto de semestres, que dedican todo el tiempo a las labores académicas. Se dice con aparente lógica que el joven debe primero estudiar y, cuando esté "maduro" y ocupando un puesto en el mercado de trabajo, preocuparse por los problemas sociales y políticos.

A nadie se le oculta el papel ideológico de esta manera de argumentar. Se trata de eliminar los síntomas más protuberantes del descontento general, de acallar todas las voces que denuncien las injusticias es-

estructurales del sistema. El joven estudiante, con su desligamiento social, sus ímpetus idealistas, su primer contacto con las herramientas críticas, su sentido de justicia y su necesidad de autoafirmación, es muy susceptible de convertirse en vocero de los sin-voz, en el señalador inmisericorde de las injusticias, en el profeta que denuncia estridentemente las situaciones de opresión y anuncia la utopía que podría ser ya pero que no la dejan ser. Una vez domesticado con la rutina del estudio, ilusionado con el grado y frustrado en sus intentos de cambiar el mundo, dejará de ser peligroso. Ya graduado, colocado y casado, será parte integrante del sistema, que defenderá contra los jovenzuelos impacientes que "no han pasado por donde yo pasé, mi general".

Por otra parte, es cierto que la efectividad política de las acciones estudiantiles ha sido nula hasta ahora. Algunas reformas en la Universidad pueden lograrse con huelgas y motines, pero la siguiente administración de la Universidad se encargará de que todo quede como antes. Los estudiantes más conscientes se dan cuenta de la poca resonancia de sus acciones y de la facilidad con que los políticos de todos los matices manipulan la agitación estudiantil para lograr objetivos que nada tienen que ver con el problema universitario. En general, un Gobierno no le tiene miedo a los estudiantes: son un simple problema pasajero de orden público, que no amenaza la estabilidad del sistema. Los mecanismos represivos le permiten controlarlos efectivamente, incluso yendo más allá de lo estrictamente necesario para su objetivo. Después de varios meses de rasgamiento de vestiduras, versiones desmentidas y or-

denamiento de "severísimas investigaciones" sobre las ex-
tralimitaciones de la fuerza pública, todo queda igual.

Sin embargo, a pesar de esta ineffectividad real,
es allí, en los fracasos y efímeros éxitos de los movi-
mientos estudiantiles, donde el estudiante aprende cómo
funciona la organización, cómo opera la política, cómo
reprime el sistema. Allí se experimenta la impotencia
de las masas, la carencia de los medios de expresión,
la frustración del que sufre la injusticia sin poder de-
fenderse. El fracaso de la práctica ingenua de la po-
lítica lo lleva al estudio científico; el fracaso del tra-
bajo abierto lo lleva al trabajo clandestino; el fracaso
de los objetivos inmediatos lo lleva a pensar en metas
a largo plazo.

Claro que lo académico sufre con estas activida-
des "para-escolares": la preparación técnica del futuro
profesional se torna algo más deficiente; la memoriza-
ción de la información necesaria se ve seriamente re-
cortada. Con un argumento "ad hominem" suele decir-
se a los estudiantes activistas que también en la socie-
dad sin clases serán necesarios los profesionales bien
preparados; que en Cuba los revolucionarios no tenían
gente de altura científica para los organismos estatales
de planificación. El que esgrime este argumento olvi-
da que fueron precisamente los profesionales bien pre-
parados los que abandonaron al pueblo para refugiarse
en la metrópoli. Por eso, su preparación científica de
nada sirvió a su nación precisamente porque le faltaba
la dimensión de compromiso social. Su fuga reveló tam-
bién que en sus puestos de trabajo de la Cuba de Ba-
tista estaba sirviendo más a sus propios intereses de
clase y a los de la metrópoli, que a los de su propio

país. Los planes imperialistas de educación quieren formar precisamente profesionales que sirvan aquí a los intereses extranjeros, que empalmen con las necesidades de la metrópoli (lo que estimula "la fuga de cerebros", tan grave en el país, sobre todo en el campo de la salud) y que olviden su deuda radical con las masas trabajadoras que les han posibilitado sus estudios.

Solo en una sociedad donde los problemas básicos hayan sido ya resueltos, podrá la actividad política del universitario desarrollarse con normalidad y armonía con las exigencias académicas. Mientras tanto, algunos directivos universitarios procurarán reducirla al mínimo mientras que otros procurarán su desarrollo, convencidos de su efecto formativo, con la seguridad de que tarde o temprano terminará por salirse de los cauces preestablecidos, lo que acarreará la destitución de estos directivos "permissivos".

La Contradicción Fundamental

El análisis de todas las contradicciones y oposiciones anteriormente señaladas nos conduce a la misma conclusión: hay un problema de fondo que impide solucionar los antagonismos, que son solo síntomas de aquel. Podría decirse que hemos asumido una posición muy cómoda, relegando a la sociedad utópica la solución de todos los problemas universitarios. Si se releen cuidadosamente las últimas frases de cada aparte pre-

cedente, se notará todo lo contrario: hemos encarado el problema como se presenta en la actualidad y hemos señalado la solución posible dentro de los límites del sistema.

Los síntomas presentados nos colocan ante la disyuntiva: se trata de aliviar los síntomas o se aplica un remedio de fondo a la enfermedad, así sea doloroso, que elimine radicalmente la causa de los síntomas. Si los intentos de remediar aisladamente los síntomas se revelan infructuosos y frustrantes, la salida puede ser dejar de luchar heroicamente para aliviarlos para tomar la necesaria distancia para vivir con ellos mientras se consigue la curación radical de la enfermedad.

La contradicción fundamental está en la concepción global del papel social de la Universidad actual en la situación concreta que vivimos: constatar sus limitaciones, sus posibilidades, sus síntomas, sus enfermedades. Esa apreciación depende de posiciones valorativas de base, que impiden el acuerdo de los teóricos de la Universidad por la diferencia de posiciones ideológicas. Los de mentalidad tradicional conciben la Universidad como un medio eficaz para el desarrollo del país, presuponiendo la continuidad del sistema imperante. Es la Universidad desarrollista.

En cambio, una vez adquiridas la mentalidad científica y utópica (en el sentido positivo de la utopía), la apreciación de base supone necesariamente la conciencia de la lucha de clases, de la explotación del sistema capitalista. Esta posición valorativa fuerza a concebir la Universidad como un elemento importante, pero relativizado, dentro de un proceso histórico que

se considera irreversible. Es la Universidad utópica. Dentro de esta concepción utópica, hay quienes creen que desde ahora se puede tener una Universidad ideal y quieren anticipar las etapas. Es verdad que hay que tener esquemas ya estudiados para el día en que pueda iniciarse la nueva Universidad. Pero no sabemos desde ahora cuándo será ese día, qué fuerzas estarán entonces en juego, ni qué tendencia impondrá su impronta a la Universidad futura. Casi podemos estar seguros de que no seremos los que ahora pensamos estos problemas y de que la Universidad nueva tampoco será la Utopía que hoy soñamos. No debemos gastar tiempo en el estudio de futuribles ni tampoco tratar de implantar partes trunacas de esos planes en las Universidades actuales, pecando de anticipación ingenua.

Para evitar este quívoco que puede presentarse al hablar de la Universidad utópica, sería mejor utilizar el término de Universidad transicional, que se refiere a una posición moderada y realista, que no se hace ilusiones pero tampoco olvida la meta fundamental y la contradicción infraestructural que condiciona toda la problemática universitaria.

La Universidad transicional busca una actitud de compromiso que permita la difícil búsqueda de los puntos de equilibrio inestable en una Universidad concreta en un momento determinado de su historia. Pero la opción tomada es ya del todo diversa de los que han tomado partido por la Universidad desarrollista: no hay posibilidad de lenguaje común, ni objetivos comunes posibles, ni siquiera la confianza que permite comprender a los que no comparten la opción tomada.

Los directivos que compartan la acción desarrollista pueden ponerse de acuerdo, dentro de ciertos límites, sobre problemas y posibles soluciones. Se tratará de capacitar profesionales, de estudiar la oferta y la demanda de trabajo calificado, de ampliar o reducir cupos, de apretar o aflojar los requisitos para la admisión, la permanencia y el grado, de suprimir asignaturas o carreras que se consideran no apropiadas para el país, de agilizar la administración, de optimizar el uso del limitado presupuesto, etc. Pero nunca tratarán de cuestionar las estructuras imperantes en la sociedad, ni lograrán ponerse de acuerdo con los que la cuestionan. Por eso, no es posible un acuerdo sobre el papel de la Universidad en nuestra sociedad: no hay acuerdo sobre el tipo de sociedad que se desea.

Los directivos de la Universidad transicional buscarán aprovechar las expresiones de retórica liberal que favorezcan una labor de crítica de la sociedad y defenderán los reductos de autonomía que permitan esa labor. Serán conscientes de las limitadas posibilidades de inserción social y de la necesidad de mantener cierta imagen de "torre de marfil" para la Universidad. Pero procurarán que profesores y alumnos se vayan empapando de la realidad del país, vayan analizando nuestros problemas y diseñando posibles soluciones. Impulsarán la investigación en lo posible, insistiendo en los proyectos de mayor impacto crítico, de mayor poder concientizador de alumnos y profesores, buscando un compromiso realista entre carga docente y tiempo de investigación. Defenderá la autonomía de la Universidad, siendo consciente de que también ella es instrumento del sistema (más por lo institucional implícito que por las cátedras explícitas) y que sus investigacio-

nes son también utilizables por el sistema. Buscará la participación democrática del estudiantado en el gobierno de la Universidad, conociendo los límites y las consecuencias de esta política. Procurará abrir el camino a estudiantes de extracción proletaria procurando evitar crear en ellos mecanismos de ascenso. Admitirá la politización de la Universidad, a pesar de los efectos negativos en el rendimiento académico buscando un difícil compromiso entre exigencias académicas y actividad política, insistiendo en la investigación científica de la realidad socioeconómica del país.

Es una labor ingrata, sujeta a las incomprensiones de los extremistas de derecha e izquierda, despreciada por la impaciencia juvenil de los estudiantes, acusada por los defensores del sistema, denunciada por la gran prensa, ridiculizada en los boletines de los diferentes grupos de izquierda, pero talvez la única fecunda para el futuro de Colombia. Talvez es la única posible en el contexto real del país. Solo este tipo de universitarios (alumnos, profesores o directivos), capaces siempre de analizar la situación y la coyuntura nacionales, dotados de resistencia frente a los ataques de todos los flancos, sensibles a las necesidades de las bases populares, capaces de autocrítica y asequibles al consejo y a la crítica de otros, incommovibles en su compromiso con las clases populares, podrán contribuir al surgimiento de la futura sociedad colombiana y en ella al nacimiento de la Universidad que soñaron cuando se debatían en la Universidad contradictoria de hoy.